

4 de Agosto de 1998

Salgo de casa con buenos augurios y no demasiado calor, pese a lo avanzado de la estación. Me apena dejar a Argo solo; nunca le he dejado por una temporada tan larga. De camino a la estación me encuentro con mi antiguo profesor de Biología de la Universidad, el cual me desea buen viaje. Y un buen viaje tengo, efectivamente; aunque algo aburrido. Primero en tren a través del El Pardo, seco pero deslumbrante. Luego, sigo todos los trámites habituales en estos casos: check-in, control de pasaportes, visita idiotizada a las tiendas libres de impuestos, embarque, vuelo. Sin novedad Barajas-Heatrow-Edimburgo. Una vez allí empiezo a preocuparme realmente de mi viaje, cuya planificación he dejado bastante en el aire, en parte por pereza, en parte por un impulso romántico de 'libertad'. Recojo mi equipaje: OK. Voy a una oficina de turismo y reservo una habitación en un lugar de camino a los 'Trossachs'. Un lugar llamado Jenny State, en Callander. Un pelín cara, pero no estoy en posición de discutir. Recojo el coche que había alquilado y salgo del aeropuerto rumbo a las Highlands. En ese justo instante comienza una de las experiencias más terroríficas de mi vida: conducir por el lado izquierdo. No parecía tan difícil en teoría, y el problema no es solo la carretera. Por ejemplo, cambiar de marcha con la mano izquierda me resulta complicado, pero quizá lo peor es la pérdida de referencia respecto al coche. Como estoy en el 'otro' lado, observo con horror que tiendo a tragarme los bordillos por el lado izquierdo y paso a kilómetros del arcén por el lado derecho. La prueba de fuego llega cuando tengo que atravesar rotondas, por el lado 'contrario'. Para mi sorpresa, al cabo de unos 15 minutos mi sistema nervioso ha efectuado los ajustes necesarios y conducir ya no resulta tan terrorífico. Pongo la radio y me espera una agradable sorpresa. El concierto para dos violines de Haydn. Me las arreglo para consultar el mapa sin dejar de conducir, y pronto abandono la autopista y me encuentro en una preciosa carretera rural, totalmente carente de arcén. Me lleva cerca de dos horas llegar a Lenny State. Una enorme auracaria marca la entrada junto a dos postes de piedra, donde arranca un pequeño camino que sube a la mansión. Se parece al 'Motel Gates' de aquella película, *Psicosis*. Un lugar digno de Escocia. Mrs Roebuck es verdaderamente amable. Me conduce a una enorme habitación victoriana, con un cuarto de baño casi más amplio que la propia habitación. Mala suerte, he llegado demasiado tarde para cenar, pero estoy tan cansado que esto no me preocupa mucho. Me doy un largo baño caliente, seguido por dos tazas de chocolate *Cadbury's*. A las 8:30, desayuno escocés: huevos, salchichas, tostadas, cereales, *baked beans*, zumo de naranja y café. Calorías para todo el día. En el comedor, coincido con una familia de turistas americanos. A juzgar por su acento, proceden de la costa Este. Son amables y educados. Nos presentamos. Algunas bromas sobre el tiempo. Al parecer, no ha dejado de llover desde el mes de marzo. El padre de familia se llama James Llacaruso. Es médico y trabaja en Boston. Su mujer, Meg, es de origen escocés, lo cual explica este viaje familiar a 'sus orígenes'. 'El año que viene iremos a Italia' me dice, aunque imagino que la verdadera destinataria de este mensaje es Meg. Llevan casi dos semanas viajando por Escocia. Me relatan su itinerario y me recomiendan que visite la isla de Skye.

Callander. Un lugar agradable, aunque quizá un poco relamido. Muy montado para turistas, aunque no hay demasiados debido a la incesante lluvia. Hago algunas compras de supervivencia y entro a tomar una taza de Earl Grey en el *Dun Whynny's*, desde donde escribo.

5 de agosto

'The Trossachs', el misterioso país de Bob Roy y uno de los pocos lugares de Escocia con tres estrellas en la Michelin. Identifico los tres 'paseos típicos' y, como no para de llover, elijo el más fácil: una pista que recorre Loch Katryne. El paseo es estupendo, a pesar de la desagradable circunstancia de estar asfaltado. Nada más pasar el parking hay un pequeño muelle, desde donde zarpa el *SS Walter Scout*, que lleva a unos pocos turistas a dar una vueltecita por el lago. Llueve sin parar. A mí siempre me ha gustado la lluvia. Como nativo de la Meseta, creo que es un deber alegrarse de que llueva y creí que nunca iba a tener bastante, pero dos días de continúa mojadura están empezando a reblandecer mis principios. Un poco más adelante hay un puesto de alquiler de bicicletas a un precio razonable. Parece una buena idea y durante unos segundos me asalta la tentación, pero finalmente paso. Demasiada lluvia. Demasiado complicado el pedalear con la mochila y la capa de agua. Andar y andar, que es lo bueno. En unos minutos estoy prácticamente sólo. Me acompañan unos acongojados turistas, cada vez en menor número. Americanos, franceses, alemanes. No hay ingleses, porque éstos saben bien que en Escocia no para de llover. Pongo la 'directa'. Algunos ciclistas me pasan de vez en cuando enfundados en sus chubasqueros. Tienen un aspecto triste, pedaleando despacito, como cansados. Es dura la vida del turista. El camino transcurre entre el lago, a la izquierda, y un complejo bosque de robles, abedules, pinos, serbales y arces. Es curioso que me encuentre prácticamente la misma vegetación que, por ejemplo en Asturias. He viajado más de mil kilómetros hacia el Norte y los cambios en la vegetación son muchísimo menores que los que se observan al cruzar el puerto de Pajares.

De vez en cuando se abre un claro en el cielo y un rayo de sol ilumina un pedazo de paisaje. El resultado es maravilloso. Me apresuro a sacar la cámara de la mochila, para aprovechar el increíble efecto de la luz. Tomo una pista a la derecha en leve pendiente. La agradable sensación de caminar cuesta arriba. Empiezo a entender que mi afición por caminar estar tomando proporciones de manía; casi se está convirtiendo en una religión. No se trata sólo de que me guste, es una especie de nirvana, una sensación de descanso en el movimiento perpetuo, una certeza de estar haciendo lo 'correcto'. Para mayor felicidad, de vez en cuando me encuentro con otros paseantes, la mayoría solitarios. Intercambiamos breves saludos y miradas cómplices. En España, los caminantes somos un poco 'raros' (excepto, claro está en el camino de Santiago y romerías por el estilo). Adelanto a un paseante de figura particularmente abatida. Durante unos minutos caminamos a la par. Es una chica rubia y bastante atractiva, aunque con una expresión de infinita tristeza. Nos saludamos e intercambiamos un par de frases triviales. No parece inglesa, pero no logro identificar su acento. A la bajada, mi presencia espanta a una pareja de aves rapaces que no logro identificar bien, pero tienen toda la pinta de ser águilas ratoneras. Sin embargo, la cola parece más larga. Un poco después su inconfundible voz me lo confirma. Ese sonido atmosférico y emotivo. Reparo en que aquí las rapaces son mucho menos abundantes que en Castilla ¿por qué será? Supongo que el invierno es más duro y eso limita la población. No lo sé. Sin embargo, hay algo raro en el comportamiento de estas águilas. Se elevan y se dejan caer en picado, una y otra vez. Algo corriente para un halcón, pero nunca lo había visto en esta especie. Imagino que se trata de una característica de las ratoneras de Escocia. En fin... Después de tres horas de energético paseo me he ganado un descanso en el 'Café del Capitán', que está organizado a la manera anglosajona que tanto me gusta –exactamente igual que en USA. Autoservicio, mesa después de la caja con cucharitas y azúcar y demás. Observo una cierta similitud general con la Costa Este. Desde luego en el paisaje, pero

también en la arquitectura y en la ‘organización general’ de las cosas. Supongo que no es nada extraño. La conexión cultural entre Escocia y Estados Unidos es evidente. Si no, no estarían aquí todos estos pobres turistas, volviendo a sus orígenes y calándose hasta los huesos. Estoy sentado en una mesa, consultando el mapa y tomo la decisión de llegar a dormir a un lugar llamado Glencoe. Tomar decisiones siempre me costado mucho. Padezco lo que podríamos llamar ‘síndrome de Hamlet’. No llega a ser patológico, pero se trata de una pequeña disfunción de mi cerebro. Hablo en serio. Hace poco leí la triste historia de un chico que sufrió daño cerebral por un accidente y no podía tomar decisiones. De modo que si metía en la ducha podía pasarse horas, porque era incapaz de decidirse a salir. Yo también puedo pasarme horas en la ducha, lo que concuerda con la hipótesis de daño cerebral, aunque no recuerdo haberme dado ningún golpe. En todo caso, tengo la firme intención de superar este problema. Así que no voy a pensarme mucho las cosas, ni revisar los planes continuamente y sin motivo, como yo suelo hacer (aunque sí estoy dispuesto a revisarlos si existe algún motivo). El ‘rationale’ es que si bien puedo equivocarme al elegir, eso es mejor que el estado desasosegante y negativo de ahora-qué-hago. Definitivamente, Glencoe. Al salir, observo que la chica con la que me he cruzado antes está sentada un par de mesas más allá.

Me pongo en marcha a las cinco en punto, pero me entretengo un rato reorganizando mi equipaje. Esto no es un asunto trivial cuando viajas solo, puesto que hay cosas que conviene tener a mano mientras conduces, como por ejemplo el mapa, una chocolatina o las gafas de sol; esto último es ‘wishful thinking’, porque el cielo está cada vez más oscuro. Apenas he recorrido 100 metros cuando me encuentro a la misma chica de antes haciendo auto-stop. Nuestras miradas se cruzan y me resulta imposible dejarla ahí con esa lluvia. “¿Hacia dónde vas?” “a Glencoe.” ¡Qué causalidad! Mi pasajera no habla mucho al principio. La observo de reojo mientras intento mantenerme dentro de la carretera. Verdaderamente, es muy atractiva. Rubia, delgada, con aspecto de elfo. Tiene una curiosa cicatriz en forma de ‘s’ encima de una ceja; no podría decir si es una cicatriz o un tatuaje. Cuando me crucé con ella en el camino me pareció que tenía un aspecto abatido, pero ahora, la sensación de tristeza es apabullante. Contesta a mis preguntas con gran concisión, pero su serenidad y su velada sonrisa hacen que me sienta cómodo. Está de vacaciones recorriendo la comarca. Le pregunto si es escocesa y se sonríe. Me dice que es más escocesa que el whisky. Sin embargo, su acento me suena algo diferente al de los locales, aunque puedo explicar por qué. Dice llamarse Sheanna, lo cual suena bastante celta. Mientras tanto, las condiciones meteorológicas han empeorado. Se ha levantado un viento fuerte y llueve sin parar. Intento no tragarme el bordillo de la carretera, intento mantener una conversación civilizada, intento no perder el camino e intento no perder la cabeza. En conjunto, creo que le estoy pidiendo demasiado a mi sistema nervioso. Para colmo de males, se estropea el limpiaparabrisas. Como puedo, conduzco hasta una gasolinera para comprar un repuesto y consigo cambiarlo con bastante dificultad. Vuelvo a entrar en el coche completamente calado para encontrarme directamente con sus ojos verdes y su sonrisa. “Vaya, si no fuera por ti me estaría mojando.” Me dice, y me acaricia suavemente la mejilla. Nos ponemos en marcha y para entonces su presencia está resultando muy, muy perturbadora. En la radio está sonando una giga de los *Chiftains*, lo que resulta muy concordante con el paisaje y con nuestro ánimo. “Cerca de aquí está el Castillo de Crianlarigh; ¿te importaría parar unos minutos? No será mucho rato.” Manifiesto mi acuerdo y efectivamente, a los pocos minutos emerge la imponente figura del castillo al pie del *glenn*. Ha dejado de llover, aunque los espesos nubarrones siguen amenazándonos. Sheanna se aleja rápidamente y yo salgo a observar un grupo de grajillas que están alborotando cerca del

foso. Me ha llamado la atención el hecho de que haya una grajilla blanca, ¿o será una paloma? No, es una grajilla albina. Algo muy raro, en realidad, tan raro como un mirlo blanco. Las aves se alejan y yo las voy siguiendo, obsesionado con no perder de vista a este ejemplar único. Se han alejado bastante y casi las he perdido, pero lo que veo con mis prismáticos me deja asombrado. Aplico el zoom al máximo, porque no doy crédito a lo que estoy viendo. Allá lejos, está Sheanna y la grajilla blanca está posada en su brazo. Se diría que la chica está hablando con el ave, pero no puedo asegurarlo. Las otras grajillas están tranquilamente posadas en el suelo alrededor. De pronto, la grajilla blanca emprende el vuelo hacia la otra orilla del lago, mientras que el resto de las aves vuelven al lugar de partida. Esto es sumamente raro. Las grajillas son animales sociales y nunca van solas.

La lluvia vuelve a arreciar y nos disponemos a afrontar el paso de Glencoe. En invierno hay una estación de esquí. Ya hemos entrado en el típico paisaje de las *Highlands* y el horizonte parece interminable. Pero no puedo mirar el paisaje sin poner en peligro mi vida y la de mi pasajera, la cual no parece en absoluto preocupada. Son ya más de las ocho cuando llegamos al pueblecito de Glencoe. A esta latitud, los días de verano son larguísimo y todavía quedan varias horas de luz. Nos bajamos del coche y Sheanna mira alrededor con precaución, como temiendo encontrarse con alguien, aunque parece tranquilizarse pronto. No habla mucho, pero sus ojos lo dicen todo. No nos cuesta demasiado tiempo encontrar un *Bed & Breakfast*, pero llegamos calados hasta los huesos.

Una bonita casa de piedra. La inevitable moqueta de las casas británicas. Algunos detalles agradables: los cuadros de las paredes no son espantosos y hay un curioso loro en una jaula de estilo modernista. Sheanna toma la iniciativa y negocia el precio con la patrona, la cual asume naturalmente que somos una pareja y nos conduce a una modesta pero confortable habitación. “Espero que no te importe”, me dice Sheanna mientras se cambia de ropa con total naturalidad. Pedimos consejo sobre dónde cenar y nos recomiendan un lugar llamado *Chalaig Inn*, en Ballachulish, a unos seis kilómetros de aquí, asegurándonos que es ‘donde va todo el mundo’. El viaje merece la pena, porque el restaurante está en un lugar maravilloso. Montañas escocesas, de formas globosas, pero amenazantes a pesar de todo, surcadas por torrentes. Montañas verdes pero desprovistas de árboles. En la entrada de la taberna hay un cartel prohibiendo la entrada a cualquier persona perteneciente al clan McDonald. A mi me parece una especie de broma, pero a Sheanna no le hace ninguna gracia. Durante la cena ella insiste en que pruebe las maravillas de la cocina escocesa, como el *hagish*, una especie de morcilla picante parecida a las que hacen en Extremadura. Una cena reparadora y una buena compañía. Tengo que reconocer que he bebido demasiada cerveza. Al regresar, Sheanna se ofrece a conducir, lo que no sólo es una buena idea sino la única alternativa posible. Curiosamente, ella ha bebido lo mismo que yo y no parece afectada. Me ayuda a salir del coche y me ofrece su hombro para apoyarme. Cuando llegamos a la habitación me asalta la idea de estoy teniendo demasiada suerte en este viaje.

6 de agosto

Me despierto con la sensación de tener un brontosaurio apoyado en mi cabeza. Después una ráfaga de luz y un golpe seco, aunque no demasiado fuerte. Gritos. La dueña del *B & B* está en la puerta de la habitación. No entiendo bien lo que dice, pero sus ademanes no dan lugar dudas. Está furiosa conmigo. “*Bastarrd, get-aouta-hierr*” Creo entender. Y sale precipitadamente. No hay rastro de Sheanna ni de su equipaje. No puedo entender qué es lo que está pasando, pero está muy claro lo que tengo que hacer: salir cagando

pimientos. Dicho y hecho. Recojo mis cosas en unos segundos y echo a correr bajo un nuevo torrente de insultos. Al salir observo que el lorito yace muerto en su jaula modernista. ¿Tiene esto algo que ver con la extraña actitud de la mujer? ¿Me culpa a mí por la muerte del loro? No hay tiempo para respuestas. La señora me sigue hasta la calle sin parar de gritar. Al parecer, está incitando a los vecinos contra mí, porque me miran con hostilidad. Arranco y salgo a toda velocidad. Una palabra se me queda grabada, porque la señora la ha repetido muchas veces, algo así como ‘ginny’. ¿Qué significa? Evidentemente, no voy a volver a preguntárselo.

Media hora más tarde he puesto tierra de por medio y empiezo a tranquilizarme. Decido parar a desayunar y ordenar un poco mis ideas y mis pertenencias. Está claro que no hay una explicación razonable para justificar la actitud de la señora del *Bed & Breakfast*. El incidente ha sido muy desagradable pero, pensándolo bien, es sólo un pequeño inconveniente comparado con la maravillosa noche que he pasado con Sheanna. El hecho de que haya desaparecido también resulta difícil de entender. Yo no había hecho nada por seducirla. Toda la iniciativa había sido suya. Pero entonces, ¿por qué desaparecer de una forma tan precipitada? Me consuelo pensando que, de todas maneras, ella habría continuado su viaje a la mañana siguiente, de modo que ahorrarme la despedida había sido en realidad un acto de misericordia. Tal vez la indignación de la señora se debía a razones morales... Pero cuando llegamos pareció asumir que éramos una pareja a pesar de que no teníamos aspecto de formar una ‘familia’. Todo esto no tiene ningún sentido, pero qué más da. Mi viaje ha empezado de forma ‘aventurada’. Veremos qué más me depara el destino.

Un lugar llamado Duntlun en el penúltimo confín de Europa, a donde he llegado casi al caer la noche. Un maravilloso paseo por las ruinas del Castillo, junto al mar. Una luz tenue y mágica. Hay un grupo de gaiteros, ataviados con sus tradicionales *kilts*. La música hace el momento verdaderamente sublime. El castillo domina la desolada costa desde un enorme acantilado. El insistente sonido de las gaviotas. El mar. Espacio inmenso. Desierto. Escribo desde el comedor del hotel Duntlun Castle. Algo cutre, pero confortable. Después de mi azarosa salida de Glencoe necesitaba un poco de tranquilidad y me apetecía retirarme pronto a un espacio privado. Esta mañana he atravesado el *Kyle* de Lochalsch, el estrecho que media entre la isla de Skye y la isla de Gran Bretaña. Técnicamente, Skye ya no es una isla, puesto que han construido un puente. Por cierto, te cobran un pastón por entrar pero salir es gratis.

A la capital, Portree, le queda algo de sabor. Doy un paseo, corto pero muy bonito, por un acantilado. Buenas vistas sobre la bahía y la única hilera de casitas pintadas de color salmón. Recuerda vagamente a Ribadesella. Indudablemente, se trata de un sitio turístico. Y sin embargo, no resulta demasiado artificioso. Da la impresión de ser más de veraneantes que de turistas (según esta distinción, un turista es un veraneante acelerado que tiene que descansar todo en poco tiempo).

Por la tarde me he acercado a ver una de las maravillas de la zona, la roca llamada ‘Old Man of Storm’. Una notable columna de basalto que, supongo hará las delicias de los escaladores. De hecho, me cruzo con varios grupos de éstos, provistos de arneses, cuerdas y esas curiosas zapatillas que se adhieren a la roca. Como suele ocurrir en Gran Bretaña, está relativamente bien organizado. Los paseos siempre comienzan en un parking y hay paneles de información y señales que marcan el camino, que resulta corto pero muy empinado. Impresionante la vista de la isla de Raasay y la costa de Skye. Una vez más, el sol se asoma un momento y el paisaje se enciende. Como siempre, ha merecido la pena subir.

He vuelto a observar otra conducta extraña en los pájaros. La verdad es que Escocia está resultando mucho más misteriosa de lo que había previsto. Esta vez se trataba de una tarabilla, un pájaro muy frecuente en toda Europa, con la cabeza negra y el pecho rojo. La tarabilla no es un pájaro tímido; suele posarse en sitios altos, desde donde emite un canto chirrioso bastante variable. La que he visto esta tarde hacía cosas muy raras. Daba volteretas, caminaba de prisa por el suelo y se daba cabezazos contra las piedras. Estuve observándola durante diez minutos. Lo curioso es que, mientras hacía estas cosas en el suelo, iba trazando un círculo de unos diez metros de diámetro alrededor del lugar donde me yo encontraba. De hecho, tengo la terrible sensación de que esta extraña conducta iba dirigida a mí. Naturalmente, no puedo contarle esto a nadie porque me encerrarían de inmediato. Supongo que las autoridades locales no considerarán un motivo de alarma el que las tarabillas se pongan a dar volteretas, pero para mí es un suceso muy raro e inquietante. Llevo años observando aves y sé que las tarabillas no hacen esas cosas. Y este no es un detalle aislado. Pero ¿qué puedo hacer? Pedir otra pinta, por supuesto. A la tercera, el asunto de los pájaros no parece afectarme especialmente, así que me voy a dormir.

7 de agosto

Ha ocurrido otra vez. Parece que no voy a tener un despertar agradable en este viaje. Ruidos. Carreras. Algún grito. Son las cuatro de la mañana. Permanezco en mi habitación sin saber muy bien qué hacer. Por un lado, no parece haber un peligro inmediato, pero por otra parte los ruidos proceden de distintas partes del hotel. No se trata de alguien que vuelve borracho a su habitación. Lo que quiera que esté pasando, afecta a mucha gente. Hay un portazo en la habitación de al lado y una tensa discusión en el pasillo. Decido seguir en la cama, en una especie de duermevela. A ratos, los ruidos se hacen más intensos. A las siete bajo a desayunar y me encuentro que no hay desayuno. El *manager* del hotel me explica que las dos cocineras se han puesto enfermas esta noche y no han podido preparar nada. Tendré que conformarme con una taza de café y un par de tristes *donuts*. Observo que todas las mujeres, tanto las clientas del hotel, como las camareras tienen un aspecto abatido y nervioso. Al parecer, todas las mujeres –pero no los hombres– han sufrido terribles pesadillas esta noche. Creo que empiezo a estar un poco harto de estos fenómenos extraños. Así que me voy. Subo al coche y conduzco sin parar más que lo imprescindible. Rumbo al Oeste. Despacio. Disfrutando del maravilloso paisaje y de la música que programa la BBC. Salgo de Skye, rodeo el mítico lago Ness y de allí hasta la ciudad de Inverness, que atravieso sin aventurarme por sus calles. Me dirijo al bosque de Glenmore. Uno de los sitios naturales más famosos de Escocia. Paso de hoteles y de *B&B*, de huevos con salchichas y de movidas raras. Total, he estado todo el día en el coche y he llegado tan tarde que ya estaba cerrado el camping. Así que decido acampar por mi cuenta, en un lugar cercano. Mañana tendré que acercarme a la tienda y comprar algo de comida. Hoy me conformaré con una cena frugal gracias a las provisiones que había comprado en Callander el primer día –parece que ha pasado mucho tiempo. Escribo desde mi tienda de campaña a la luz de una linterna. Me acompaña el canto de un cárabo y el sonido lejano de las voces del camping. Todo es rigurosamente normal. Ahora me voy a tomar un orfidal y voy a dormir como Dios.

8 de agosto

Me despierto bien entrada la mañana. Por fin, una buena noche de descanso. Una compra rapidita en la tienda del camping. Definitivamente, voy a seguir acampando por libre. Ahora luce el sol y me encuentro de buen humor. Uno de los placeres de viajar solo es precisamente esa tendencia a cambiar de humor, a pasar de la desazón a la gloria en cuestión de minutos y por motivos triviales. Comienzo un ambicioso paseo (13 horas andando según el mapa). He metido el saco de dormir y la tienda en mi mochila, porque no estoy dispuesto a volver al camping. Voy un poco cargado, es verdad, pero el ejercicio me sienta bien.

Glennmore es un inmenso bosque de pino silvestre sobre una alfombra de musgo. La retorcida silueta de este árbol me recuerda a mis acampadas por la sierra de Guadarrama. Sin embargo, las montañas están desprovistas de árboles. Parece que los pobres pinos están al límite de sus posibilidades y que, en cuanto la altura hace un poquito más crudo el invierno, les resulta imposible sobrevivir. Imagino que el invierno debe ser muy largo y oscuro en estas tierras.

El paseo resulta muy agradable y ameno. He atravesado un 'trail' especialmente diseñado para recorrerlo en silla de ruedas. No estaba asfaltado, pero el camino era de tierra pisada bastante llano. Me conmueve la sensibilidad que demuestran las autoridades locales al hacer un camino así.

Un poco más adelante, llego a una casita de piedra en medio de un claro. Se trata de un modesto refugio y está abierto para todo el mundo. El interior está excepcionalmente limpio y los últimos ocupantes han dejado algo de leña cortada para los que vengan detrás. Sobre la rústica mesa hay un libro donde los viajeros escriben su firma y sus comentarios. Paso un buen rato leyéndolos. En general son bastante amables y un poco cursis. Chandrasekhar y su esposa Gupta pasaron aquí una noche en su viaje de novios. A Montse, Angels y Assumpta, de Falset (Tarragona) les encantó esta casita. Un poema sobre la maravilla de viajar en tren y alejarse del bullicio de Londres para encontrar la calma en el campo. Otro comentario, no tan amable, reza así: "English and foreigners are not fucking wellcome here. Scotland for the Scottish" Le siguen tres páginas de comentarios indignados y escandalizados.

El camino serpentea interminable entre los pinos. Llevo más de cuatro horas caminando a buen paso y estoy empezando a notar la subida de endorfinas. Al pasar por una bifurcación coincido con otro paseante solitario, que va en la misma dirección. Es un tipo entre 50 y 60, con pinta de andarín curtido. Me recuerda al típico caminante solitario, de tipo 'ex-alumno de la Institución Libre de Enseñanza', que se ve por Guadarrama; éstos de sesenta y pico, que parece que nunca se cansan y que se conocen los nombres de todos los picos, praderas, collados y demás accidentes geográficos (por supuesto, me dan envidia y yo de mayor quiero ser como ellos).

Entablamos conversación. Dice llamarse Stephen y es de origen inglés, pero lleva muchos años en Escocia y adora esta tierra. Considera que los ingleses son muy estirados (yo estoy de acuerdo pero me callo). Le parece raro que sea español, aunque no explica muy bien por qué. Me dice que ha estado en España varias veces y le ha gustado, aunque le resultó difícil encontrar lugares para pasear. Le aseguro que hay muchos y muy variados, pero admito que la información sobre el tema no es tan accesible como en Gran Bretaña. Le recomiendo que, si vuelve por Madrid, visite una librería especializada de viajes, como la Tienda Verde. Aprovechamos para intercambiar tarjetas de visita. Las habituales frases de cortesía. Si pasa por allí no dude en llamarme, y ese tipo de cosas.

Inevitablemente, la conversación gira en torno a Escocia. Parece que es uno de los temas favoritos de Stephen, el cual aprovecha para informarme de diversas cuestiones. Por ejemplo, el símbolo de Escocia es una especie de cardo. Cuenta la leyenda que, en medio de un ataque vikingo, uno de los asaltantes pisó una de estas plantas y gritó de dolor, alertando así a los escoceses que pudieron organizar su defensa; en agradecimiento, nombraron al cardo Flor Nacional. Me habla también de los infames ‘aclareos’ de las *Highlands*. En el siglo XIX, los terratenientes expulsaron a los campesinos de sus tierras, con objeto de introducir el ganado lanar, causando terribles penalidades a sus habitantes. Me habla de los *midgets*, una especie de insecto de picadura particularmente dolorosa y de conducta particularmente agresiva. Le digo que no estoy seguro de haberlo encontrado. Me replica que eso significa que no, que si lo hubiera encontrado lo recordaría. Confiesa que de todas las criaturas que pueblan la Tierra sólo los *midgets* le producen verdadero terror.

Al bajar una colina nos asaltan tres perros de regular tamaño. No es un asalto agresivo sino todo lo contrario, ya que se trata de tres *golden retriever*, una de las razas más pacíficas y amigables que existen. Sus dueñas son dos mujeres de unos 50 años. Nos enredamos en una larga conversación sobre perros, tema en el que Stephen también parece ser un gran experto. En estos momentos, me acuerdo mucho de Argo. Stephen y yo acordamos viajar juntos. En un conversador impenitente y parece saberlo todo. Casi se nos ha ido la mayor parte del día. La caída del sol siempre es un buen momento para observar aves. Nos detenemos a mirar una tarabilla posada sobre un arbolito. Me pregunto si será la común o la norteña. Es entonces cuando ocurre de nuevo. La tarabilla vuelve a realizar la extrañísima danza que había visto en Skye. Le hago un comentario a Stephen, asumiendo que se trata de una peculiaridad de las tarabillas escocesas. Sin embargo, lo que empieza a alarmarme de verdad no es el comportamiento del pájaro, sino el de Stephen. Se queda mirando fijamente, con recelo. Primero a mí, luego a la tarabilla. Se aleja unos metros, como para comprobar que ésta va haciendo un círculo en torno a nosotros, más exactamente, en torno a mí. El pájaro sigue practicando sus extrañas volteretas, cuando Stephen vuelve hacia mí rápidamente. Tiene una expresión desencajada, sin embargo, me habla con una clama glacial. “Por casualidad, ¿no ha observado usted otras conductas extrañas en los pájaros últimamente?” Cuando le cuento lo que he visto, Stephen apenas puede controlar su ansiedad. Me mira directamente a los ojos con gran preocupación. “Perdone que me meta en su vida, pero este es un asunto de extraordinaria importancia. Dígame la verdad, ¿ha tenido usted una aventura amorosa con una mujer rubia que tenía una cicatriz en la ceja en forma de S?”

Cuando le contesto afirmativamente, Stephen sale corriendo hacia la tarabilla y la mata de una certera pedrada. Luego, vuelve hacia mí con el pájaro muerto en la mano y me grita: “¡Insensato! ¡Te has acostado con una *ginny*!”.

Stephen está consternado. Cuando vino a Escocia por primera vez, él también pensaba que eran leyendas, pura habladuría de borracho. Pero hay muchas cosas en Escocia que resultan muy difíciles de explicar. Las *ginny* han existido siempre. Son criaturas de la Naturaleza. Los humanos siempre han sabido de su existencia, aunque se les han dado distintos nombres. Las sirenas de la Odisea, que atraen a Ulises con sus cantos son *ginny*, con total seguridad. Muchas esculturas antiguas de figuras femeninas también lo son. Su leyenda aparece en todas las culturas. En Asturias las llaman *xanes*, en Galicia, simplemente, *meigas*. En cierto modo diosas de la Naturaleza, o tal vez brujas, su estatus no está del todo claro. Según la leyenda, de vez en cuando se mezclan entre los humanos para buscar un ‘marido’. Son hermosas y muy dulces, por lo que muy pocos



hombres se resisten. El mortal que se acuesta con una de ellas le pertenece para siempre y será reclamado. Los pájaros son sus sirvientes y envían ‘mensajes’ sutiles al ingrato amante. Además, son de naturaleza celosa y envían terribles pesadillas a las mujeres que duermen en las proximidades del lugar donde se encuentra su ‘novio’. Me dice que nunca había conocido a un *moyhcarr*, un elegido por las *gynny*. Últimamente, se hablaba poco de ellas. Casi las había borrado de su memoria. No parece haber ningún asomo de duda sobre lo que está contando. Pero, no puede ser. No puedes creer en esas historias. Su mirada me indica que sí cree. Por otra parte, yo tampoco puedo explicar muchas de las cosas que me están pasando. Insisto en preguntarle cuál es el destino de los *moyhcarr*. Generalmente, desaparecen, nadie sabe dónde van ni qué les ocurre. “Quizá podamos hacer algo aun. Vamos, queda poca luz y tenemos tarea por delante”.

Stephen y yo hemos acampado en una diminuta isla dentro de un lago. Ignoro por qué era tan importante estar en una isla, pero forma parte de su plan para arreglar las cosas. Hemos montado mi tienda de campaña en medio de un círculo de piedras e instalado un poste del cual está colgado el cadáver de la pobre tarabilla. Stephen me ha hecho un corte en la mano con su navaja y ha derramado unas gotas de mi sangre sobre un montón de piedras blancas; después ha colocado las piedras, en una bolsa junto a las plumas de cuervo. No hay tiempo para explicaciones. Todos estos preparativos los hemos hecho con la máxima celeridad, aprovechando la última luz del día. Stephen dice que hemos tenido mucha suerte de encontrar las plumas de cuervo en tan poco tiempo. Dice que Sheanna vendrá a buscarme esta noche y que sólo tenemos una remota posibilidad de que todo salga bien. Entretanto, dice, tratemos de mantener la calma y dormir un poco. Cuanto menos hablemos mejor. No está dispuesto a decir nada más. Encuentro la situación bastante surrealista, pero reconozco que la inmensa convicción de Stephen ha conseguido alterarme. Ahora está dormido y yo escribo bajo la luz de mi linterna.

9 de agosto

Esto es una despedida. Sé que voy a morir en las próximas 3 horas. Irónicamente, ahora que lo sé me invade una extraña calma. He pedido un whisky a la azafata y lo bebo a pequeños tragos pero bastante deprisa, mientras escribo en mi diario. Sé que no voy a salir con vida de este avión, que se estrellará en algún punto del recorrido. La segunda ironía es que, hasta el momento de subir creí que estaba salvado, que había logrado escapar de ella. Tengo que mantener la cabeza fría si quiero hacer un relato coherente de lo que me ha ocurrido en las últimas horas. Por supuesto, eso es imposible. Lo que me ha ocurrido es cualquier cosa menos coherente.

Volvamos a la tienda junto al lago. Stephen y yo nos manteníamos en una especie de duermevela. Fue una espera muy larga y estábamos agotados. Creo que fue hacia las cuatro de la mañana. Durante toda la noche, había reinado un espeso silencio. De pronto, vibró el aullido de un cárabo. Siempre me ha gustado ese sonido, pero esta vez sonaba lúgubre y amenazador. Stephen se despertó inmediatamente. “Ya viene” me susurró. Después nos sobresaltó una cacofonía infernal. No era un cárabo, sino muchos, formando un coro con autillos, lechuzas y búhos. Era un ejército de rapaces nocturnas gritando a la vez. Después percibimos un golpe blando en la cara, como si una tonelada de plumas hubiera aterrizado sobre nosotros. Luego unos pasos muy leves, casi inaudibles y el inconfundible sonido de la cremallera de la tienda que comienza a bajar.

Nos incorporamos de un salto. Vimos que la cremallera bajaba aproximadamente un tercio de su longitud total y se paraba. Un instante después oímos una especie de grito ronco. No pudimos evitar el asomarnos y mirar hacia fuera. Allí estaba Sheanna. Sus ojos emitían una luz verde. Estaba completamente desnuda y tenía en su mano el cadáver de la tarabilla. Se diría que al encontrar el cuerpo del pájaro había entrado en un estado de furia. Era ella la que producía esa especie de sonido ronco, que no se parecía a nada que hubiera escuchado antes y desde luego, no era humano. Hice ademán de salir de la tienda, pero Stephen me detuvo enérgicamente. Ella gesticulaba y se arrastraba por el suelo de una manera muy extraña. De pronto daba una voltereta y después seguía arrastrándose por el suelo y golpeándose la cabeza. Entonces comprendí que sus movimientos eran exactamente iguales a los de la tarabilla y estaba trazando exactamente el mismo círculo que habíamos señalado con piedras. Cualquiera que fuese el plan, parecía que estaba funcionando. Cuando la *ginny* hubo cerrado el círculo, Stephen sacó las piedras manchadas con mi sangre y me dijo, rápido, arrójaselas. Y así lo hice, con todas mis fuerzas. Cada vez que una piedra le golpeaba, ella se estremecía, y con ella, parecía estremecerse el lago y el bosque entero. A la tercera, Sheanna dio un enorme salto, atravesó el círculo de piedras y desapareció en el lago.

Lo que ocurrió después fue indescriptible. De pronto se levantó un huracán y el pequeño lago se llenó de olas, que rompían al pie de nuestra tienda y nos dejaron totalmente empapados. Sin embargo, se diría que la tempestad sólo se estaba produciendo alrededor de la pequeña isla. Las ramas de los abedules cercanos empezaron a golpearnos y no era el viento quien las movía. Parecía como si los árboles estuvieran tratando de hacernos daño. Parecía como si toda la naturaleza estuviera tratando de hacernos daño. Granizaba, Caían objetos del cielo: piedras, ranas, piñas, trozos de musgo. La tienda no ofrecía protección alguna, tan sólo nos permitía no ver qué era lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor.

Así permanecimos, magullados y medio ahogados, durante un tiempo que se me hizo eterno. En un momento en que el vendaval amainó ligeramente, acerté a mirar mi reloj, eran las cinco de la mañana. Percibí una ligera claridad. Estaba a punto de amanecer y eso me dio cierta esperanza, pero lo peor estaba por llegar. Cuando Stephen abrió ligeramente la cremallera de la tienda, oímos un sonido silbante y cada vez más intenso. ¡Midgets! gritó Stephen. Acerté a meterme en el saco de dormir y mantuve la abertura cerrada lo mejor que pude. Sin embargo, Stephen no tuvo tanta suerte. Le oí gritar y gritar. Poco después salió corriendo y debió tirarse o caerse al lago. La diosa pareció darse por satisfecha con este sacrificio, ya que poco después, el viento cesó y los insectos desaparecieron tan bruscamente como habían llegado. Una tenue claridad se abría paso por el este. Supe que tenía que salir de allí cuanto antes. Me puse las botas y en un acto de previsión, más bien irracional, agarré una pequeña bolsa con algunas pertenencias. Después corrí y corrí hasta que me dolió el pecho y me temblaban las rodillas. Veía puntos de luz a mi alrededor. Dejé de correr pero no paré de caminar. Cuando llegué al lugar donde había dejado el coche eran las doce de la mañana. El coche me dio cierta seguridad, pero no iba a dejarme engañar. Arranqué y conduje sin parar hasta el aeropuerto de Edimburgo. Tuve que hacer algunas gestiones para cambiar mi billete, pero conseguí embarcar en el primer vuelo. Directo a Madrid. El aeropuerto me dio una sensación de normalidad. De pronto, todo parecía en orden. El control de equipajes. Mi tarjeta de embarque. Los anuncios por la megafonía. Mi extraña y aterradora experiencia parecía ahora irreal. ¿De qué estaba huyendo, al fin y al cabo? Pensé en el pobre Stephen, que se había sacrificado por salvarme. Pero, ¿había existido en realidad? Ahora ya no estaba tan seguro. Tenía un par de horas antes de embarcar y me sentía muy débil. Nada mejor que una hamburguesa y una buena cerveza para

recuperar fuerzas. Bueno. La verdad es que había sido una experiencia aterradora. Todavía me temblaban las piernas. Pero ya había pasado. Muy pronto estaría de vuelta en mi casa, donde no había lagos, ni montañas verdes y las chicas rubias y atractivas solían mostrarse mucho más distantes. Esta vez me había librado por poco. Los altavoces anunciaban ya el embarque de mi vuelo.

Cuando entré en el avión tuve una inmensa sensación de alivio. Pero esta sensación sólo duró unos segundos. Lo que me esperaba en el avión me dejó completamente helado. Mis neuronas debieron sacar las conclusiones pertinentes y avisaron a las glándulas suprarrenales, las cuales empezaron a inyectar adrenalina en mi torrente sanguíneo. Lo que estaba delante de mí, sonriéndome, no era humano. Su significado era evidente. La azafata que me daba la bienvenida a bordo tenía una cicatriz en forma de S por encima de la ceja. Aturdido apenas conseguí derrumbarme sobre mi asiento. Tan sólo quisiera...